

más cuerdo y más ingenioso (1).» En la cantiga son algo más delicadas, pero no menos arrogantes, las palabras del Emperador: «Sabio eres (dice el prelado), y me agrado de ello; pero yo sé mucho más que tú, y me precio de conocer cuanto hay en la naturaleza (2).»

Bien pudieron ambos escritores seguir la narración de Amiano Marcelino, testigo de la muerte de Juliano; pero se atuvieron á la leyenda fantástica del pueblo, en la cual no resulta sublimada, cual merece, la figura de San Basilio, aquel ilustre prelado de Cesarea que con tanto tino como alto espíritu civilizador supo templar en el Bajo Imperio el bárbaro furor antihelénico que destruyó tantos templos paganos, admirables dechados del arte, y salvó los libros inmortales de Grecia y Roma, que la ceguedad popular quería entregar á las llamas.

Alfonso X, como poeta, pertenece más bien á la escuela de los trovadores catalanes y provenzales que á la de los troveros del Norte de Francia. Su objeto literario es distinto del que se propone Gautier. Éste narra

(1) «Basile, bien voi à ton estre  
grant philosophes cuides estre;  
mais assez sui foi que doi toi,  
plus grant philosophes de toi,  
et plus sages et plus soutiz. (*sutil*).»

(*Gautier de Coincy.*)

(2) «Sabedor es, et muito me praz;  
mas quer agora que sábias tanto  
que mui más sei eu ca ti assaz;  
et de tod'esto eu ben m'auanto  
que sei o que en natura iaz.»

(*Alfonso X.*)

y explica detenidamente las piadosas historias, y con habilidad y teológica complacencia funda en ellas dogmáticas lecciones de religión y de moral. Don Alfonso comprime, por decirlo así, las leyendas Mariales para sacar de ellas la quinta esencia de los hechos y de la doctrina; y por cierto que en esta difícil tarea de *condensador* demuestra magistral destreza y literario alcance. El idioma de las *Cantigas de Santa Maria* está más hecho y es más flexible y eufónico que el de los *Miracles de la Sainte Vierge*; y en cuanto á la cadencia métrica, aventajan también grandemente los cantares galaico-portugueses del Rey á las narraciones rimadas del trovero. No es de extrañar: la rítmica de las *Cantigas* destinadas al canto había nacido de la rítmica de las poesías provenzales, que fué la más armónica, suelta, abundante y esmerada que ofrecieron á la literatura de las edades modernas las lenguas neolatinas.

Gautier, al reproducir concienzudamente en sus meditadas narraciones las leyendas creadas por la fantasía y la fe de la Edad-media, alecciona y predica; Alfonso el Sabio aspira sólo á vulgarizar en canciones las glorias, las virtudes y los ejemplos de Santa María: el uno razona, el otro canta; aquél es poeta docto, éste es poeta popular.

Cosa manifiesta parece, al leer los *Miraclos de Nuestra Sennora*, de Gonzalo de Berceo, que también este poeta conocía las obras de Gautier de Coincy, pues las fuentes latinas de donde ambos tomaron sus milagros, y que no siempre interpretaron de igual modo, no bastan á explicar las coincidencias de frase y de pensamiento que se advierte en las obras de los dos trovadores. Muchos casos podrían citarse. Baste la leyenda del clérigo

de relajadas costumbres, pero devoto de Santa María, á quien después de muerto nace una fragante flor en la boca. Gautier, para encarecer la vital lozanía que conservaba el cadáver, dice:

«La langue avoit aussi vermeille  
comme est en mai rose nouvele;  
saine l'avait entiere et bele.»

Berceo adopta la idea de la frescura de la lengua como indicio palpable de conservación, y dice así:

«Traváronli la lengua tan fresca e tan sana  
qual parece de dentro la ferosa mazana.»

De coincidencias á ésta semejantes podrían señalarse otras muchas; pero todas ellas no autorizan á imaginar que Berceo era plagario, ni siquiera imitador servil de Gautier (1). Los más de los pensamientos en que se encuentran los dos trovadores sagrados han nacido indudablemente de los textos latinos que tenían á la vista. Berceo cuenta y razona con un orden, con una claridad, y con un genial desembarazo, que son, en verdad, dignos de nota y alabanza. En algunas de estas prendas aventaja al trovero, y también no poco en la armonía de los versos. Los alejandrinos monorrimos de la *cuaderna vía*, si bien monótonos por su métrica uniformidad, no

---

(1) En este mismo milagro se ve la independencia con que escribe el autor castellano, hasta en lo relativo á las circunstancias materiales de la leyenda. Gautier pone cinco rosas en la boca del clérigo; Berceo una sola flor. Gautier, en otro milagro á éste muy semejante, el señalado con el número 32 en el Códice de Soissons, pone una sola rosa en la boca del cadáver de un excomulgado.

carecen, como los más de Gautier, de firme y perceptible cadencia. El idioma de Berceo, aunque en edad temprana todavía, camina ya con andar resuelto y gallardo. Es Berceo uno de los primitivos maestros y formadores de la hermosa lengua castellana, y así por esta circunstancia, como por la de no tener antecesores que le sobrepujen, ocupa lugar privilegiado en la historia literaria de España.

Tampoco, según hemos indicado, debe ser tenido por estricto imitador de Gautier. Aunque en algo reciba impulso, vuela, en verdad, con sus propias alas y sigue sus nativas tendencias. Los asuntos en las producciones del ingenio no constituyen la verdadera originalidad. La originalidad está siempre en el modo de ver, de sentir y de expresar las cosas. ¡Cuántos Edipos, cuántas Virginias, cuántos Césares, cuántos D. Juanes toman en la creación dramática diferente carácter, rumbo y fisonomía!

Berceo es, ante todo, narrador; pero, más poeta que Gautier, refiere con más color, gracia y concisión que el religioso benedictino las leyendas tradicionales, y con mayor mesura y rapidez las circunstancias escabrosas que con primitiva desnudez y harto desenfadada ingenuidad presentaba en sus historias milagrosas aquella sociedad creyente, pero todavía poco refinada.

Aunque en mucho estimase y estudiase, como indudablemente lo merecían, las obras del benedictino, Berceo no puede ser con propiedad llamado discípulo de Gautier de Coigny, cual lo pretende un insigne escritor francés (1). Berceo escribe milagros de la Virgen, algu-

---

(1) El conde Th. de Puymaigre (*Les Vieux Auteurs Castellans*, cap. vii) llama á Gautier de Coigny *maître* de Berceo. Pero no desconoce que el

nos de los cuales no están en el libro de Gautier, cuenta historias de santos, *Santa Oria*, *Santo Domingo de Silos*, *San Lorenzo*, *San Millán*, como Gautier escribía las vidas de *Santa Catalina*, *Santa Inés*, *Santa María Egipcíaca* y otras varias. También escribió Berceo, como Gautier, himnos sagrados. Pero escribir vidas de santos, milagros y cantares piadosos era tarea común de la gente letrada en aquellos tiempos de hondas y acendradas creencias. Gonzalo de Berceo narra los hechos á su manera, según su peculiar instinto; casi todas las imágenes y las ideas son suyas; y en cuanto á la disposición de los cuadros y á la forma de expresión y lenguaje, hay más sobriedad, más armonía y más claridad que en Gautier, lo cual nada tiene de sorprendente. En aquel periodo de transformación rápida y profunda, los veinte ó más años que separan á Berceo de Gautier habían dado á las letras y á los idiomas de las naciones meridionales europeas cierto grado de cultura y de consistencia á que no había llegado el siglo anterior. La Francia (inclusa la Provenza) había sido maestra de la Europa en los siglos XI y XII. Es gloria que nadie puede disputarle. El mismo Berceo reconoce autoridad magistral en los escritores franceses cuando en *El Duelo de la Virgen* pide el monje San Bernardo á la Madre de Dios que explique la Pasión de su divino Hijo, porque

---

poeta castellano tiene altas dotes que le son propias: «Les qualités de Gonzalo (dice), ne sont pas de celles que la critique peut, pour ainsi dire, toucher du doigt: c'est la simplicité, c'est un ton de bonne foi, c'est une piété crédule, superstitieuse, mais pleine de candeur, de douceur, d'onction; c'est quelquefois aussi la rencontre d'images heureuses, un instinct de ce qui peut donner au récit du mouvement, de l'intérêt.»

lo hará aún mejor y con más ventaja para la Iglesia que los sabios de Francia:

«Toda sancta Eglesia fará dent (*de ello*) grant ganancia,  
abrá maior verguenza (*reverencia*) ante la tu substancia,  
sabrán maiores nuevas de la tu alabancia  
que non renunçian (*referen*) todos los maestros de Francia.»

Más dialéctico Gautier de Coincy que Berceo, y más completo en la exposición de los hechos y en las místicas deducciones, se afana demasiado por no omitir pormenor alguno, y no pocas veces, de puro fácil y abundante, degenera en prolijo y palabrero. Pero no puede negársele la gloria de ser el primero que popularizó el interesante caudal de las leyendas de la Virgen María, traduciéndolas poéticamente á una de las nacientes lenguas vulgares, del idioma latino (sabio y oficial), que ya no se hallaba al alcance del pueblo.

Algunos han imaginado, acaso por no conocer *Les Miracles de la Sainte Vierge*, de Gautier de Coincy, que el Rey Sabio pudo recibir de los *Miracles de Nuestra Sennora*, de Gonzalo de Berceo, el impulso creador de las *Cantigas de Santa María*. Poco podía imitar de Berceo, autor de veinticinco milagros, el rey Alfonso, que escribió un número de cantares Mariales cerca de diez y siete veces mayor, y que, á pesar de andar á caza de historias milagrosas, omite algunos de aquellos milagros. En cambio no se hallan entre los de Berceo varios milagros importantes de carácter cosmopolita, como el famoso de Sardonay y el de las columnas de Bizancio, que tampoco está comprendido entre los del trovero benedictino.

Gautier, cuya colección de cincuenta y cinco leyendas,

inclusa la de Santa Leocadia (constan de cerca de cuarenta mil versos), corrió con aplauso, antes que escribiese Berceo, por todas las naciones de Europa, fué probablemente quien despertó en el ánimo del piadoso Monarca el propósito de vulgarizar por medio de poéticos cantares las milagrosas y fantásticas consejas de la Virgen que había acumulado en muchos libros la hagiografía latina, y en la memoria del pueblo la tradición oral.

No es esto decir que Alfonso X no conociese las narraciones del insigne poeta castellano. Se hallan, por el contrario, no pocos indicios en las *Cantigas* que hacen presumir que el Rey estaba familiarizado con los escritos de Berceo. Señalaremos sólo uno de ellos:

«Ante que aplegasen al lecho los tizones  
.....  
quemabanlis las barbas, á vueltas los griñones.»

(Berceo: *Estoria de Sant Millan*, cap. CCXVI.)

«e as fazian arder assi como tições,  
queimando-lle las barbas et póis os griñões.»

(*Cantiga* LXXXV.)

Hay en estos dos pasajes tales afinidades de metro, de idea, de estilo y de frase, que no es dable atribuir las á meras coincidencias de la casualidad.

Mas estas afinidades no hacen perder un ápice á la nativa independencia del regio trovador. Así es que, á veces, entre sus milagros y los de Berceo asoman discrepancias de concepto y de hecho, nacidas sin duda de la libertad con que ambos escogían é interpretaban las relaciones legendarias.

De estas discrepancias podríamos recordar varios ejemplos, entre ellos la leyenda de los judíos que golpeaban y escarnecían una efigie del Señor. Citaremos en testimonio una circunstancia curiosa en que no coinciden las dos versiones de Berceo y de Alfonso X, relativa á la leyenda de San Ildefonso. Es la maravillosa vestidura inconsútil que la Virgen trae del cielo para premiar su devoción y sus escritos sobre la virginidad de María. En el *Miraclo* de Berceo es una casulla:

«Fizoli otra graçia qual nunca fué oída:  
dióli *una casulla* sin aguia cosida,  
obra era angélica, non de homme texida.  
.....  
Adügote ofrenda de grant auctoridat,  
*cassulla* con que cantes, preçiosa de verdat.»

En la cantiga es un alba:

«deu-lle porend' hũa *alua*  
que nas saõ festas uestisse,  
a Virgen santa et salua.»

En el *Miracle de Saint Hyldefonse*, de Gautier de Coincy, es también un alba:

Une *aube* li donna moult chière,  
plus blanche assez..... n'est fleur de lis.  
«Biau très-douz chiers ami, fet-ele,  
ceste *aube* qui tant parest bèle,  
de paradis t'ai aportée.»

Es muy de creer que el rey Alfonso no tuviera á la vista el *Miraclo* de Berceo, pues, á haber seguido la narración del poeta castellano, no le habría ocurrido